

A collection of scattered rose petals in various shades of gray, falling from the top of the page.

*Muerte
entre las Rosas*

Michele Jaffe



LABERINTO



E

s una imagen inmóvil y, aun así, hermosa.

Justo antes del alba, en el instante en el que el mundo se vuelve monocromático y todo queda cubierto con un manto de luz azul grisácea. Las farolas se han apagado, la calle es aún una línea gris ribeteada por dos márgenes oscuros que van desde la parte superior izquierda de la imagen hasta la esquina inferior derecha. En el fondo difuminado, parece que las enormes casas se encogieran, veteadas de oscuro por la lluvia. En primer plano, ligeramente a la derecha y sobre el césped azul grisáceo, hay un rosal impresionante. Parece como salido de un cuento de hadas, una bruja transformada en un arbusto con los dedos nudosos intentando alcanzar el cielo. En el centro yace una chica.

Los jirones del tul de la falda se enredan entre las ramas y ondean a merced de la brisa matutina como pequeñas banderas. La rodean un conejo de porcelana, una mamá pata escoltada por sus cinco patitos y una ardilla flautista. Una de las piernas está doblada, la otra sobresale del rosal y de ella pende un zapato de plataforma: Cenicienta después de un mal baile. La mano izquierda está escondida bajo el cuerpo y la derecha, en cuyo índice se distingue un anillo, se mantiene erguida, como si quisiera arrancar la única rosa roja que hay en el rosal, el único punto de color en la imagen. El rostro, medio cubierto por el cabello oscuro, expresa ternura. El cuerpo está lleno de arañazos y de la cabeza surge un río de sangre magenta. Los labios, levemente separados, parecen a punto de decir algo.

Pero, entonces, ves los ojos y te das cuenta de que eso es imposible: están abiertos de par en par, con las pupilas completamente dilatadas. Ciegas.

Se parece mucho a las fotos de mi colección *Princesas muertas*, aunque hay dos diferencias cruciales:

La chica retratada debería estar muerta y no fui yo quien tomó la foto.

Porque yo estoy en ella. Yo soy esa chica.

Fue la policía quien la tomó, en respuesta a la llamada que hizo la señora Doyle al 911 informando de la presencia de un cadáver en el jardín delantero de su casa, en Dove Street. La policía llegó tres minutos después. Les llevó cinco minutos estabilizar mis constantes respiratorias y treinta y dos minutos sacarme del rosal.

Cuando me desperté, no recordaba cómo había llegado allí ni qué me había llevado a esa situación, lo que, aparentemente, es normal en estos casos. Lo único que recordaba era el dolor y un único pensamiento: «No te rindas».

Pero, poco a poco, los retazos de lo que pasó van volviendo a mí. La unidad de cuidados intensivos es un lugar que invita a una buena introspección, o a una mala, dependiendo de en lo que uno esté pensando. Observo la foto que tengo en la mano tratando de verme como un objeto, una pieza más del rompecabezas. En los últimos tres días, el puzle ha empezado a encajar y la verdad es que no estoy muy segura de que me guste la imagen que se está formando.

—Hola, princesa —dice una voz cantarina desde la puerta de mi habitación.

Levanto la vista y veo que entra un desconocido con pijama de enfermero. Echo de menos a Loretta.

Loretta es la enfermera que me ha estado cuidando en la UCI, estoy acostumbrada a ella. Cuando abrí los ojos, fue ella quien estaba de guardia y, aunque solo llevo en la UCI tres días, siento como si nos conociéramos de toda la vida. El tiempo transcurre de una manera extraña aquí, y eso da lugar a extraños vínculos afectivos.

—Ah, bueno, a eso lo llamamos «minutos UCI».

—¿Minutos UCI?

—¿Has oído alguna vez que un año en la vida de un perro equivale a siete años humanos? Bueno, pues en la UCI cada minuto equivale a una hora. Aquí el tiempo, o se hace eterno, o pasa volando y, déjame decirte, cariño, que ojalá a ti se te esté haciendo eterno. Que el tiempo pase demasiado rápido nunca presagia nada bueno.

El hombre del pijama de enfermero me dice:

—Soy Ruben. Y, por la pinta que tiene esta habitación, tú debes de ser Miss Popular.

«Ruben», repito mentalmente, tratando de ubicar el nombre entre mis recuerdos. A Loretta le encanta cotillear, pero no recuerdo que me haya hablado de él.

El enfermero pasa los dedos por varios de los ramos de flores que hay en el alféizar de la ventana, terminando con las dos docenas de rosas rojas.

—Estas han debido de costar una fortuna. Ojalá yo tuviera un novio tan generoso.

—No son de mi novio —le informo.

—Guau... Entonces te lo montas muy bien. ¿Y qué me dices de este pequeño? —pregunta mientras levanta un osito de peluche con una camiseta de tirantes en la que pone QUE TEN-GAS UNA RECUPERACIÓN AMOR-OSA—. Esto no sé si te lo ha enviado un amigo o un enemigo.

—Yo tampoco.

Pienso que ha dado en el clavo.

Con el pensamiento aún reverberando en mi mente, inspecciono el resto de regalos que cubren la habitación. Solo salgo de mi ensimismamiento cuando el enfermero me pregunta por la tarjeta de David, en la que aparecen unos cachorritos tocando la guitarra, y la de Nicky, en la que se ven unos globos y un mensaje: MEJÓRATE.

Ahora Ruben está frente a una corona de rosas con forma de corazones entrelazados flanqueada por una figurita de porcelana y una muñeca.

—¿Y estas de aquí? «De tu admirador secreto» —Lee en voz alta una de las tarjetas—. ¿Puedo? —Ruben la señala. Yo asiento, autorizándole a leerla—: o sea que, recapitulando, tienes un novio, un no novio y un admirador secreto —Ruben sacude la cabeza, mirándome—. Chica, no me extraña que alguien haya intentado acabar contigo.

Lleva razón: tengo tantos regalos porque soy bastante —más bien, increíblemente— popular. Y la mayoría de los mensajes de «Te echamos de menos» y «Recupérate pronto» son mentira precisamente porque soy muy popular.

Es irónico, ¿verdad? Es una de las crueles lecciones que he sacado de todo esto. En las películas, todo el mundo adora a las princesas, pero en el mundo real no es así. La popularidad no es una espada de doble filo: solo tiene uno, matar o que te maten. El espacio en la cúspide de la pirámide social es reducido y, una vez allí, solo puedes moverte en una dirección, hacia arriba, sin importar la cantidad de personas que haya que pisar para conseguirlo.

Sé quién ha intentado matarme, aunque no quiera aceptarlo. Todas mis neuronas han estado ocupadas buscando soluciones alternativas, otras explicaciones factibles, porque la verdad es demasiado terrible. Las pistas necesarias han estado delante de mí todo este tiempo pero, aunque quería verlas, no podía. Es como cuando estás enfocando una imagen y, de repente, se vuelve borrosa hasta que consigues enfocar el objetivo de nuevo. Solo que, esta vez, mi intención no era enfocar.

—Vuelvo contigo en un momento, princesa —dice Ruben.

Podría pedirle que no se fuera, pero eso no cambiaría nada. Nadie sospecha del asesino, puede acecharme cuando quiera.

Vuelvo a fijar la vista en la foto en la que aparezco en el rosal y, de pronto, lo veo todo claro. Solo hay una persona capaz de haberme hecho esto. La persona a la que apuntan todas las pistas. La bebida, el portazo, el beso, el coche, el anillo.

Los ojos.

Recuerdo el mensaje en el espejo. Sé lo que viene ahora.

—Hola, Jane —dice una voz masculina desde la puerta.



Capítulo 4

Cuando llegamos allí, la fiesta era un remolino de colores y cuerpos en movimiento que rugían como las olas del mar y, cuando nos acercamos a la muchedumbre, esta nos acogió con una especie de exhalación, como si todos nos estuvieran esperando. Kate, Langley y yo avanzamos por la pista de baile al ritmo de la música. Mis amigas me acompañaron a buscar a David.

Mientras nos aproximábamos, salió de la pista de baile a recibirnos una comitiva de chicas de segundo, igual que sale de un cajón una camada de polillas recién surgidas de la crisálida. Dentro encontramos a David, Ollie y Dom, sentados en un sofá de cuero. En la mesa que había frente al sofá reposaban sus bebidas y una pipa de agua amarilla que David solía llamar «Pajarraco». David llevaba gafas de sol, Dom miraba al infinito moviendo la cabeza arriba y abajo, como si estuviera asintiendo y, en el breve lapso de tiempo que estuve observándolos, Ollie se levantó y soltó un breve bostezo. Parecían los tres monos sabios de la fábula japonesa *No ver el mal, no oír el mal, no decir el mal*.

Cuando vio que nos dirigíamos hacia ellos, Dom soltó un silbidito a modo de piropeo:

—Mira, tres princesas vestidas de hadas.

Dom era como un cachorrito de *golden retriever*: fácil de contentar, dulce y tontorrón. O, como Langley solía decir: «Más interesado en los platos que en Platón». Llevaba años intentando algo con Kate, pero la verdad es que era difícil tomarlo en serio, así que se conformaba con llamar su atención:

—Estáis preciosas, parece que os hubieran sacado de un cuento de hadas.

David se levantó y me tiró de la falda:

—Chica sexy —me dijo mientras me sentaba en su regazo—. Tenía los ojos entrecerrados debajo de las gafas, los labios curvados en una vaga sonrisa y una pelusilla de barba en las mejillas—. Me gusta la sorpresa.

—Pues solo acaba de comenzar.

Levantó las cejas y su sonrisa se ensanchó.

—Cuéntame el resto.

—Bueno...

—¡Nada de hablar con la boca seca! —dijo Dom—. Vamos a traerles algo de beber a las chicas para poder brindar.

Acto seguido, se llevó a Kate y Langley a la cocina mientras yo me acomodaba sobre el regazo de David.

—Pensaba que no ibas a venir —le dije a Ollie, que no se había movido en todo el rato que llevábamos allí.

Ollie llevaba una chaqueta verde oscuro de corte militar, vaqueros y unos mocasines *vintage* de Gucci.

—Mi cita no ha podido escaparse del ensayo de una fiesta de presentación en sociedad.

Mientras Ollie y yo hablábamos, David cogió la pipa y le dio una calada. Sosteniéndola aún, dijo:

—Tío, justo estaba pensando en eso.

—¿En mi cita? —preguntó Ollie, frunciendo el ceño.

David suspiró.

—No, tío. Hoy, en la clase de la señora Halverson, he visto una araña.

Me besó en los labios: sabía a ositos de gominola y a marihuana.

—Tío —empezó a decir Ollie—, si vas a empezar con una de esas historias tuyas que no van a ninguna parte...

—No, en serio, Ollie. Estaba viendo a la araña tejer una red en la esquina de la ventana del aula. Primero tejó los sostenes principales y, después, hilos más finos para conectar unos con otros. Un trabajo certero y preciso, ¿verdad? Y, en ese momento,

justo cuando estaba a punto de terminar, la profesora Halverson dijo: «El ambiente está cargado, casi no puedo respirar. Vamos a dejar que entre un poco de aire», y abrió la ventana y todo el trabajo de la araña se vino abajo en un momento —David hizo una pausa—. Tío, me ha hecho pensar que así es la vida.

Le acaricié la mejilla.

—¿A qué te refieres, cielo?

—Que no importa cuánto te esfuerces y trabajes, porque en el momento más inesperado aparecerá una zorra que arruinará todo tu trabajo.

Ollie miró impassible al frente y dijo:

—Creo que eso significa que, para que una persona pueda seguir respirando, otra tiene que dejar de hacerlo —Acto seguido se dio media vuelta y me miró fijamente, con la mandíbula apretada y esos ojos verdes, brillantes e inquisitivos clavados en mí como si quisieran perforarme—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Mmm... supongo que sí.

David se había pasado toda la conversación acariciándome la nuca con los dedos y ahora estaba haciendo lo mismo con mis hombros. Cerré los ojos y me eché sobre él.

—Me encanta que hagas eso.

Sus dientes rozaron levemente mi oreja.

—Te encantaría aún más si estuviéramos desnudos. Me ha gustado mucho la sorpresa, pero tú me gustas más.

Ollie se levantó y nos informó:

—Voy por algo de beber.

Acto seguido, desapareció.

Yo me reí y besé a David suavemente en la nariz.

—Esta no es la sorpresa. Es solo el aperitivo.

—Me gusta cómo suena eso —Trató de enfocar la vista—. Últimamente he estado pensando en la 139 —dijo, mientras sus dedos jugueteaban con el borde de mi camiseta palabra de honor.

Para celebrar nuestro tercer mes juntos, David me regaló una tarjeta con una lista titulada *Jane me gusta más que...* y,

desde entonces, no ha dejado de añadir cosas. La última, la número 138, fue *Más que cuando el padre de Despot le deja la casa para él solo los fines de semana*.

—¿Y cuál es la 139?

—Te lo diré cuando me des mi sorpresa —dijo con una sonrisa maliciosa.

Incluso con los ojos entrecerrados por el efecto de los puros, estaba tan guapo que me costaba creer que fuera mío.

—Me muero de ganas.

—Yo también. ¿Cuándo se supone que me la vas a dar?

—Dentro de un ra... —me interrumpí porque vi que Kate me llamaba con gestos nerviosos.

—Tengo que irme.

—¿En serio? Princesa de las hadas...

—Vuelvo en un momento.

—...no vuelas demasiado lejos.

Me encontré con Kate y Langley en el baño del piso de arriba. El cuarto de baño tenía las paredes cubiertas con un papel pintado estampado de brocado. Langley estaba hecha un ovillo en el suelo con la cabeza metida en la taza del váter.

—¿Qué le pasa? ¿Le ha sentado mal la comida?

—No he comido nada —dijo Langley, con la cara aún apoyada contra el váter, mientras me tendía su iPhone—. Alex me acaba de mandar un e-mail diciéndome que no viene a mi fiesta de cumpleaños.

Langley llevaba seis meses planeando la fiesta y la parte más importante del evento era la llegada de su novio, Alex.

—¿Qué? Eso es absurdo. ¿Por qué no?

—No lo sé. He intentado llamarlo, pero no responde.

—Ahora son las cuatro de la mañana en Europa.

—Eso da igual. Seguro que está con otra.

Le temblaban los labios y sus ojos eran dos abismos de tristeza.

Señalé la pantalla del iPhone y dije:

—Pero ha firmado diciendo «Te quiero, Alex». Quizá haya pasado algo. También dice que ya te lo explicaré.

Langley cerró los puños y elevó la voz, histérica.

—¿Y qué más podía decir? No hay excusas que valgan. Lo ha estropeado todo. Todo.

—Todo no, Lan —dijo Kate en tono tranquilizador, aunque su rostro reflejaba preocupación. Un par de mechones rubio oscuro le enmarcaron el rostro cuando se inclinó para apoyar una mano en el hombro de Langley—. Sinceramente, estoy segura de que tiene una buena razón y...

—«Sinceramente» —repitió Langley, burlándose de su tono y apartándose para evitar que los dedos de Kate le rozaran el hombro—. Sinceramente, ¿sabes qué, Kate? A ti todo el mundo te quiere: tus padres, los profesores, los chicos. Los tíos te siguen por la calle, embobados. Lo tienes todo y ni siquiera te das cuenta. Pero yo no tengo nada, ni a nadie.

Kate retrocedió como si la hubieran empujado y se abrazó a sí misma, dolida.

—Eso no es verdad —dijo lentamente. Se acercó hacia el lavabo y recorrió con los dedos el borde de una jabonera de piedra con forma de querubín—. Sí que me doy cuenta. Y no lo tengo todo —Su voz se elevó, furiosa. Su mano se cerró en torno a la jabonera—. No sabes lo que es ser yo. No tienes ni id... —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. Me voy.

«¡No!»», quise gritar. «Esto no puede estar ocurriendo, no os peleéis», pensé. Se me había hecho un nudo en el estómago, el mismo nudo que tenía siempre que se peleaban, incluso cuando solo fingían hacerlo. La idea de que algo pudiera arruinar nuestra amistad, la idea de quedarme sola otra vez, me aterrorizaba. Tenía que arreglarlo como fuera. Me puse delante de la puerta, inspiré hondo, puse los brazos en jarras y dije:

—Vosotras dos, haced las paces y daos un beso ahora mismo.

Se hizo un silencio incómodo. Ambas me miraron.

Después, Langley añadió:

—Hacer las paces y darnos un beso. Seguro que los chicos pagarían por verlo.

Las tres nos reímos y, de pronto, la tensión se desvaneció. Langley se levantó y nos abrazó.

—Lo siento. Es que estoy muy enfadada con Alex. A estas alturas, ya debería saber que no se puede confiar en los chicos. Os quiero. Sois las mejores amigas que podría tener.

Nos besamos los mejillos y los chocamos, nuestro saludo secreto.

—Todas para una... —empezó a decir Langley.

—...y una para todas —terminamos Kate y yo.

Langley frunció el ceño, me agarró por la barbilla y me giró el rostro en dirección a la luz.

—Parece que a alguien le han robado a besos el brillo de labios. Necesitas un repasito antes de darle a tu chico la gran noticia. Pon morritos para mí.

Saqué los labios y ella me echó brillo.

Recuerdo ese momento, las tres reflejadas en el espejo: Langley con su melena platino, Kate con su cabello dorado y yo con mi pelo negro azabache, tres princesas de las hadas. Aquella era mi vida. Como un anuncio de champú. Perfecta.

Cinco horas y media después, yacía medio muerta en un rosal.



Capítulo 8

S

us palabras y su mirada burlona parecían pender en el aire, mezclándose con el pesado perfume de las flores de Ollie, incluso después de escuchar el clic que hizo la puerta al cerrarse. «Los amigos no intentan herirte», quise gritarle. Los amigos te protegen de los que quieren hacerte daño. Si tienes amigos, nunca estás solo. Y yo tenía amigos. Docenas de amigos. Intenté volver la cabeza para mirar las flores del alféizar, pero mis ojos se detuvieron en la franja de cielo que se veía a través de la ventana. Era de color azul brillante y una única nube la surcaba. Un clima perfecto para un día fatídico.

Langley, Kate y yo habíamos planeado pasar el día tomando el sol en el Club de Campo Livingston para broncearnos. Cerré los ojos y el runrún de los aparatos se transformó en el cri cri de las cigarras de los arbustos en flor que rodeaban la piscina, modulado por el suave golpeteo de las pelotas de tenis y el tintineo de las copas, mientras el personal del club empujaba carritos repletos de platos y vasos hacia el pabellón de la piscina, expresamente decorado para la cena del baile anual en conmemoración del Memorial Day.

Yo debería haber estado allí, relajándome en una tumbona, criticando los biquinis de las bañistas, bebiendo té helado y picoteando de un bol de ensalada. Debería haber estado allí, con ellas, y no en el hospital, sola, rodeada de aparatos, paralizada, con el cuerpo lleno de moratones y con una cara que no era la mía.

«¿Por qué querría alguno de mis amigos hacerme daño?». «Solo tú tienes la respuesta a esa pregunta».

Pero yo no tenía respuestas. Solo preguntas sin contestar y enormes lagunas mentales, lagunas tan grandes que me podría ahogar en ellas. Estaba sola, perdida, en caída libre. Un día, el verano pasado en el campamento de fotografía, tuve la sensación de que mi mundo se derrumbaba mientras revelaba negativos, como si no supiera qué camino seguir. En aquel instante estaba reviviendo el momento con tanta intensidad que casi podía oler el aroma de los pinos. Cerré los ojos y traté de recuperar aquel recuerdo.

El campamento de fotografía era un curso intensivo especial para fotógrafos de periódicos y anuarios de institutos de todo Nueva Jersey. El curso se daba en un bosque, bajo un cielo azul claro. Los árboles de hoja perenne se alineaban como centinelas alrededor de unas barracas muy largas. A pesar del colorido natural de aquella escena, yo me había inscrito en un curso de fotografía analógica en blanco y negro en el que aprendimos de todo, desde hacer fotos hasta imprimir los negativos y revelar las propias fotos. En el revelado de imágenes puedes iluminar el cuarto oscuro con luces rojas para poder ver pero, cuando revelas los negativos, no puede haber absolutamente ninguna luz.

Nunca en mi vida había experimentado lo que se siente al estar en completa oscuridad y lo cierto es que me impresionó. No dejaba de parpadear, intentando que mis ojos se acostumbraran a la ausencia de luz, tratando de discernir las siluetas de los objetos, esperando que quizá un resquicio se colara a través de la rendija de la puerta.

Pero no se veía nada. Solo oscuridad, negra oscuridad pura y envolvente.

Cuando lo asimilé, entré en pánico. Sentí como si el suelo se deslizara bajo mis pies, como si la gravedad hubiera dejado de existir. Era consciente de que la mesa con los instrumentos estaba justo delante de mí, pero no era capaz de moverme ni de localizar nada. Noté un reguero de sudor bajándome por la espalda y me empezaron a temblar las manos y las rodillas. Era

como si alguien estuviera oprimiéndome el pecho. No podía respirar, necesitaba salir de allí, solo que no había «allí», solo vacío, no podía encontrar la puerta, el suelo se combaba, iba a morir allí, no iba a poder escapar, iba...

Estaba boqueando, tratando de aspirar algo de aire, cuando escuché una voz detrás.

—Cierra los ojos —me dijo al oído.

La presencia de un extraño tan cerca de mí debería haberme parecido terrorífica, pero no fue así. Era reconfortante. Me hizo sentir la tierra bajo los pies. Cerré los ojos.

—Ahora, inspira hondo.

Inspiré hondo. Inspiré de nuevo.

—Estás bien —prosiguió—, no pasa nada. Puede que te sientas extraña, pero todo es exactamente igual que cuando las luces estaban encendidas. Todo sigue en su sitio.

Como por arte de magia, comprendí que efectivamente era así. Estaba bien.

Mis manos dejaron de temblar. Descubrí que los instrumentos estaban exactamente donde los había dejado y conseguí insertar el carrete en el tanque de revelado y cerrarlo. Ni siquiera fui la última en terminar.

«Puede que te sientas extraña, pero todo sigue en su sitio». En el campamento resultó ser cierto y también lo sería en el hospital, me dije. Cuando las luces del cuarto oscuro se encendieron, miré a mi alrededor para ver quién me había ayudado y me sorprendí cuando descubrí que el chico que se sentaba detrás de mí en la clase de crítica, el que siempre llevaba sombrero y se pasaba las clases tomando apuntes, se acercaba para presentarse.

—Soy Scott.

—Yo soy Jane. Gracias —le dije, tendiéndole la mano para estrechársela.

—Encantado de conocerte, Jane Gracias.

—No, es Jane. Jane a secas —El chico enarcó una ceja y, entonces, me di cuenta de que bromeaba—. Ah, claro, eso ya lo sabías. En fin, te lo agradezco, de verdad.

—No hay de qué, Jane Asecas.

—¿Cómo has sabido qué tenías que hacer?

—Me dedico a estudiar cómo la percepción impacta en la realidad —dijo en tono estirado. Después sonrió—. Además, he pasado por lo mismo. La primera vez que revelé negativos, tuve un ataque de pánico.

En la cena, Scott y yo nos sentamos en una mesa de madera en cuya superficie había innumerables generaciones de iniciales grabadas y, mientras comíamos pizza casera y gaseosa sin burbujas, descubrí que no era tímido, sino pensativo, que vivía en una ciudad cerca de Livingston («En el barrio de la periferia al que vais tú y tus amigos a comprar cerveza»). Era el editor del periódico de su instituto y el director fotográfico del anuario, y soñaba con llegar a tener su propia galería algún día. Mientras lo conseguía, pensaba estudiar Derecho («Porque con algo hay que pagar las facturas») y pretendía pagarse la carrera con becas y encargos de fotografía comercial. Tres semanas y un millón de tazas de café aguado después, Jane Asecas pasó a ser J. A. y nos hicimos buenos amigos. Scott era más profundo y estaba más centrado que el resto de mis amistades, y también era mucho más apasionado que ellos: era capaz de abstraerse por completo cuando algo le interesaba.

Creo que nuestra amistad se consolidó un día que le hicieron una crítica particularmente dura en clase. Al salir de clase, se desvió del sendero y se dirigió hacia el bosque con la cabeza gacha y el paso rápido. Las agujas de pino crujieron bajo mis pies cuando corrí tras él para alcanzarlo.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando estuve a su altura.

Scott se volvió hacia mí: estaba radiante. Los rayos de sol se filtraban a través de los árboles azul verdoso, avivando los destellos dorados de sus ojos. Parecía iluminado.

—¡J. A.! ¿A que ha sido genial?

—¿La crítica? Pero si ha sido como... —traté de decirlo de forma suave.

—...como si me hubieran colgado de un árbol y me hubieran dejado secar al sol —terminó él. Después me agarró de las

manos y se puso a dar vueltas conmigo—. Ya lo sé. ¿Te has fijado en que nadie ha criticado la composición, ni el ángulo, ni la técnica? Lo único que decían es que las fotos les hacían sentir incómodos.

Asentí.

—Eso quiere decir que los he calado hondo. Mis fotos los han impresionado. Eso es mucho mejor que el hecho de que les gusten o les disgusten —Scott explotó en una carcajada y elevó el puño con un gesto triunfal—. Mis fotos les harán pensar. La percepción puede modificar la realidad. Puede cambiar a alguien y ese alguien cambiará a alguien más. Así es el arte.

La percepción puede modificar la realidad. El cuarto oscuro parecía distinto cuando las luces se apagaban, pero todo seguía en su sitio. Todo seguía en su lugar, exactamente donde yo lo había dejado.



En el hospital pasaba lo mismo, todo estaba donde debía estar. Pero no ser capaz de recordar me hacía sentirme extraña. Mi vida seguía siendo la que era. Mis amigos no habían cambiado.

Lo que implicaba que yo también era la misma de siempre. «¿Por qué querría alguno de mis amigos hacerme daño?». «Solo tú tienes la respuesta a esa pregunta».

Pero no la tenía. No la tenía porque aquello no podía estar pasándome. Nadie quería hacerme daño. Mi vida era casi perfecta. Me llevaba bien con casi todo el mundo. La gente me firmaba el anuario con dedicatorias del tipo: «Eres la mejor», «Te quiero», «Ojalá nos veamos este verano». Los amigos no hacían daño a sus amigos, tener amigos significaba no estar nunca solo ni desprotegido. No sentirse abandonado.

Abrí los ojos y vi que Kate y Langley estaba a los pies de mi cama. Mis mejores amigas me sonreían. Langley me saludó con la mano. Miré a una, después a la otra, y una voz desconocida gritó en mi cabeza:

«¡Zorras!».